

UN TEXTO DE NUESTRA CORRIENTE

Presentación

En el texto «**CLUECA RUSA Y CUCO CAPITALISTA**» se intentaba puntualizar en 1951, que la estatización de la industria rusa, y la ausencia de instituciones parlamentarias no caracterizaban al régimen político estalinista como socialista, ni como tendente hacia el socialismo. Condición indispensable para ese *salto* era la revolución contemporánea de la clase proletaria en toda Europa.

Por consiguiente, con el desmoronamiento de la teoría estalinista de la posibilidad de construir el «socialismo» en un solo país, no es el marxismo el que ha fracasado, sino el estalinismo que lo falsificó; hubiera fracasado el marxismo de los textos de Marx si se hubiese podido construir o edificar el socialismo en un solo país.

Cuando los partidos comunistas de Occidente dejaron de luchar *solos*, para tomar el poder *solos*, y empezaron a plantear la táctica del «Frente Único Político» y del «gobierno obrero» con los dirigentes traidores de la socialdemocracia, a través de mayorías parlamentarias y no de insurrecciones proletarias y de dictaduras de la clase... Desde entonces la clueca rusa empezó a enfierrar, a incubar, los huevos de la contrarrevolución, de los que salieron los gallos del industrialismo forzado y de las democracias populares, dando el *salto* del «socialismo» en un solo país, al capitalismo en todos, a través de la gran confesión de 1990, que se hizo esperar más de 30 años...

SIGUIENDO EL HILO DEL TIEMPO CLUECA RUSA Y CUCO CAPITALISTA

(De Battaglia Comunista, n° 19-1951)

La tesis encuadrada en algunos de estos Hilos, de que la revolución rusa se ha reducido desde una construcción de socialismo a una construcción de capitalismo (en tal sentido, véase también el Boletín interno, n° 1), ciertamente no se echa abajo con la objeción de que la industria y otros sectores están estatizados.

Puede ser debilitada por esta otra objeción: ¿Si la revolución antizarista, iniciada en febrero de 1917, se hubiese replegado de la fase proletaria a la burguesa no sólo habrían debido reaparecer formas económicas capitalistas, sino también la forma política democrática del Estado? Mientras que está claro que el poder central no se ha replegado mínimamente desde las formas totalitarias y dictatoriales.

Es indudable que de tales formas ya dan ejemplos indisimulables no pocos regímenes burgueses, pero quizás, tal respuesta no bastaría. El contradictor, corriendo hacia arriba y hacia abajo por el hilo de la historia, vendría a decir que *todos* los poderes burgueses han atravesado un estadio liberal y democrático suficientemente largo.

Tuvimos, es verdad, el estadio Lvov-Kerensky, e incluso se debe recordar que durante este estadio, Lenin hubo de decir que la Rusia del momento era el país de mayor e ilimitada libertad para todos los partidos, pero se trató de muy pocos meses, ocho o nueve solamente. Y en julio de 1917 ya se luchaba con las armas entre los vencedores revolucionarios del zar, por consiguiente la fase pacifista, tolerante, no duró más que cuatro meses. Ciertamente poco, incluso si la historia a veces paga el suplemento por el tren rápido.

¿En la perspectiva marxista clásica se recogía una construcción de capitalismo industrial sin democracia representativa? He aquí el tema. Es necesario liberarlo si se quiere mantener la explicación del misterio ruso resumida en la fórmula: construcción de capitalismo y no de socialismo.

Todas las fórmulas con la ventaja de la concisión añaden el peligro de ser subentendidas. Construir el capitalismo desde una sociedad socialista sería obra de horca; construirlo desde una sociedad feudal-asiática es aportar premisas a la revolución comunista mundial.

La fórmula de construcción del capitalismo a gran escala industrial, por millones de toneladas de metales y miles de millones de kilovatios, quiere decir en todo caso mucho más que la de la construcción de una rosa de altos sueldos para comisarios del pueblo y jefes de algunos grados burocráticos; visión sumamente tonta e inútilmente saboreada de juicios morales sobre la deshonestidad, la crueldad y la responsabilidad de haber empuñado el timón, preguntándose si convenía volverla sobre la ruta capitalista o sobre la socialista... sí, la historia se ríe de los *criminales*, más que de los *pilotos*.

Al tratar, volviendo atrás como de costumbre, el tema indicado, no se omite considerar cómo el contenido capitalista de la política rusa, si no impone el hacer de la democracia interna, coincide bien con la apología que los estalinistas hacen en el exterior de los principios democráticos, ciertamente, no porque se hayan replegado sobre la desastrosa y desastrosa filosofía que los genera, sino porque donde la fase liberal tiene tradiciones seculares, apoyarse sobre ella y sobre sus

sucios enjuagues ofrece un camino útil y de menos resistencia, de política pregonera.

Ayer

Desde que el traspaso a plenas formas burguesas se extendió en la práctica a toda Europa, el problema del itinerario histórico que la Rusia autocrática habría recorrido en el futuro, se presentó de modo ardiente.

No era necesario ser profetas para ver el final de la dinastía y de la nobleza terrateniente en una revolución; se discutía sobre los caracteres de una tal revolución que aún estaba ausente.

No dejaron de ocuparse de ella incluso Engels y Marx; éste se dedicó hasta al estudio de la lengua rusa, hacia el final de su vida, para examinar mejor las fuentes.

Al mismo tiempo, entre los muchos agitadores rusos, tanto trabajadores como miembros de la *inteligencia*, se dedicaban al estudio del marxismo y hacían suya la valoración de la sociedad occidental, con su desarrollado industrialismo y con la lucha proletaria de clase.

Se debe subrayar que, mientras todos los marxistas rusos llegaron a la conclusión de que el capitalismo debía desarrollarse en el inmenso imperio y vivir toda una larga fase social, para que pudiese surgir un basto y moderno proletariado y luchar por el socialismo, precisamente Marx y Engels, como hemos demostrado mediante su clásica valoración de la situación alemana, tendían siempre a la coincidencia de una revolución antifeudal y antidinástica en los países todavía absolutistas con la insurrección del proletariado en los países de régimen burgués avanzado, para una victoria revolucionaria general en el viejo continente, que habría dado al mismo tiempo el control político al proletariado, acelerando el acercamiento de las regiones atrasadas técnicamente. Marx llega a decir: vosotros odiáis al zarismo que os oprime, pero vosotros, revolucionarios rusos, aprended de nosotros que el capitalismo que ocuparía su lugar es también un régimen de opresión ¿Por qué excluir que en lugar de invocarlo, no se le pueda saltar? No es tanto sobre las supervivencias en Rusia de comunidades agrarias primitivas (el MIR) cuanto sobre la potencia de una revolución obrera contemporánea en toda Europa, a lo que Marx asigna un tal *salto*. Precisamente, parecía decir Marx, como yo he invalidado la tesis de que «*natura non facit saltus*», por cierto que así no encontraréis que haya escrito «*historia non facit saltus*»: ¡la historia no da saltos!

Marx, que moría en 1883, dice en una carta de 1877 a una revista rusa: «Rusia puede tener la mejor oportunidad que la historia haya presentado jamás de *escapar a todas las catástrofes del capitalismo*».

La introducción de Marx y Engels a la traducción del *Manifiesto* realizada por Vera Zasulitch es de 1882, una verdadera y *última* palabra. Como siempre el marxismo no hace profecías sobre el futuro, sino que enuncia *condiciones* que unen eventos futuros. La ciencia es el registro de las condiciones que unen los eventos entre sí, sin pretender que no

puedan expandirse en un vasto campo de variabilidad; en tal sentido se aplica a los eventos pasados como a los futuros, y puede equivocarse para los segundos, como tantas veces se equivoca para los primeros, pero no por distinto motivo, no por distinta debilidad.

«SI —escribe Marx—, SI la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente... (como citábamos en el Hilo precedente)... de modo que ambas se complementen, entonces la forma de propiedad común dominante podrá servir de punto de partida para el desarrollo comunista». Y en las palabras que preceden a la introducción recuerda que por un lado el industrialismo se desarrolla con un movimiento acelerado, por el otro, la mitad de la tierra está aún en manos de las comunidades campesinas.

Desde entonces tanto la industrialización en distritos dados, como el desarrollo de la economía agraria, han tenido vicisitudes complejas. Pero queda establecido que el «salto» del período social capitalista (período de decenios, y no por cierto fase de algunos meses) es visto por Marx y Engles posible sólo si tiene lugar y vence la revolución obrera en toda Europa.

El sistema científico marxista no ha fracasado por el hecho de que la revolución obrera en Europa no ha acompañado a la revolución rusa.

Pero habría fracasado, y de modo ridículo, si de verdad Rusia hubiese podido encontrar un camino (tomamos la frase y muchas citas del buen libro de B. Wolfe, *Three Who made a Revolution*, rico de preciosos materiales, pero de línea crítica no correcta) desde el feudalismo, por un sendero no-capitalista, al socialismo pos-capitalista, SIN QUE el capitalismo hubiese sido abatido en Occidente.

El más fuerte de los marxistas rusos era Plejánov, reconocido maestro de Lenin. En el congreso de fundación de la II Internacional, en 1889, declaraba: «En Rusia la libertad política será conquistada por la clase obrera, o no existirá jamás. La revolución rusa sólo puede vencer como revolución de los trabajadores: no hay ni puede haber otra posibilidad».

Mientras que ninguno veía a una burguesía liberal rusa a la cabeza de la revolución, los socialdemócratas (con este nombre se definían entonces los socialistas marxistas) planteaban la candidatura de los trabajadores asalariados; los *narodniky* o populistas la de los campesinos pobres, que de aldea en aldea, desde la emancipación parcial de 1861, habían dirigido violentas insurrecciones. Pero su movimiento se redujo a un terrorismo individualista, mientras que se iniciaban las primeras huelgas.

En 1892, Engels reunió a los representantes de los dos partidos en un intento de unidad no alcanzado. Entonces podía parecer ésta la fórmula clave del futuro: si en occidente los siervos de la gleba y los pequeños campesinos han sido los aliados de la burguesía en la revolución contra los feudales, en Rusia serán los del proletariado urbano contra feudales y burgueses. La división persistió y se acentuó en posteriores escisiones bien conocidas. Pero al final los bolcheviques marxistas, venciendo con Lenin, si bien fueron rígidos en la desestimación revolucionaria de burgueses y pequeño-burgueses, hicieron hincapié en el apoyo fundamental de los campesinos. Wolfe revela que en la asamblea constituyente (disuelta) de 1917, los socialrevolucionarios, derivados de los *Narodniky*, tuvieron 21 millones de votos, contra 9 de los bolcheviques, prevalecientes en los Soviets.

Aquí no colocamos en el centro la cuestión agraria. Es necesario detenerse en la fórmula de Plejánov. Parece parafrasear un discurso de este género: en Rusia rige el absolutismo, el objetivo principal es el de conquistar la libertad política. En occidente la conquistaron las burguesías (con el apoyo de los obreros). En Rusia no se obtendrá esta conquista si no se batan por ella los obreros solos. Un marxista teórico del calibre de Plejánov, quería decir por el contrario algo muy distinto: el poder político debe serle arrancado al zarismo: la burguesía en Rusia es impotente para hacerlo y para conservarlo tras la victoria, por lo tanto es la clase trabajadora la que la debe conquistar y mantener.

De otro modo parecería que este abstracto concepto de «libertad política» se plantease como máximo principio común a las clases, por el que tanto los burgueses como los trabajadores deban luchar, que en esto haya una conquista civil definitiva que defender, pasando sólo después a los problemas y a las luchas sociales. Esto querría decir, pisotear toda la crítica marxista, que demuestra la esencia burguesa y el fin burgués de los postulados de libertad y de democracia, y los cien mil textos en los que se ve que la reivindicación de tales «principios supremos» y «derechos del hombre» traduce los intereses de los patronos, la libertad y el derecho de poseer, de explotar y de

enriquecer, la necesidad de abatir los obstáculos de las formas feudales que lo prohíben a los nuevos dominadores, fabricantes, comerciantes y banqueros. Ahora bien, para llegar al socialismo se debe pasar por el capitalismo industrial, comercial y bancario, para hacer esto se debe abatir el poder feudal, y la única arma para abatirlo, en la Europa de los dos siglos pasados, era la democracia política; por consiguiente, pero sólo en este sentido, los proletarios habrían luchado junto a la burguesía para realizar este pasaje. Medio, por tanto, y no fin o principio, como otro medio o puente eran, junto a los movimientos liberales, los de independencia nacional.

Aún sabiendo bien en que breve espacio de tiempo la misma burguesía ha puesto de su parte las garantías con el fin de batir a la reacción y a la restauración, de liberarse de los estratos menos decididos, y rápidamente después impedir que los obreros, sus aliados, levantasen demasiado la cabeza, admitiremos que históricamente el proletariado socialista haya debido luchar por la democracia y la libertad, no como fin, sino como medio hacia sus propios fines: la revolución y el socialismo.

Plejánov hablaba al congreso de reconstitución de la Internacional, en una época en la que los milagros lassalleanos del sufragio universal seducían a los socialistas de todos los países, y no estaba claro que si Marx y el aún viviente Engels lo habían indicado entre las reivindicaciones inmediatas, nunca habían admitido que la crítica de la democracia representativa como envoltura de la esclavitud asalariada fuese mínimamente cuestionada por el mismo sufragio; cuanto más extendido está jurídicamente, de hecho está más restringido y en las manos de las minorías privilegiadas socialmente.

Por lo tanto, se podía decir, en 1889: no tendremos en Rusia una revolución democrática con sus reivindicaciones jurídicas basada en la fuerza social de una clase burguesa. Pero no estaba bien concluir (aquí Wolfe no ha entendido a Lenin, al que atribuye, como muchos, dos tiempos y dos almas, mientras que se trata de la rigurosa e incesante adhesión a la línea del marxismo): hace falta una revolución por la libertad, y os prestamos las fuerzas del proletariado para hacerla. Dicha cuestión se decía de un modo muy distinto: para avanzar hacia el socialismo hace falta desvincular las modernas fuerzas productivas de las trabas feudales y zaristas: no será la burguesía sino el proletariado el que derrocará al absolutismo.

Por consiguiente, si no podemos dejar de lado la destrucción del zarismo, dejaremos de lado fácilmente a la democracia «forma política específica y característica de las revoluciones de las que la clase capitalista tiene la dirección y el control, para entrar en una fase burguesa estable».

No sólo para nosotros socialistas sino para los mismos burgueses, el proceso revolucionario es un proceso de fuerza y no de consenso o de recuento de pareceres y votos. La democracia y el parlamentarismo son indispensables para la burguesía tras haber vencido con las armas y con el terror, precisamente en cuanto que la burguesía quiere dominar sobre una sociedad dividida en clases.

Ahora bien, la tarea de «saltar» el capitalismo como estadio económico en un país de 150 millones de habitantes, que ocupa una cuarta parte del mundo habitado no es para tomárselo a broma, y la posibilidad fue valorada por Marx, pero sólo en función de una revolución proletaria que *al menos* cubra la mitad del restante mundo avanzado. Pero el «salto» de la forma política propia del traspaso feudalismo-burguesía, o sea de la democracia parlamentaria es algo mucho menos improbable: en realidad, éste tuvo lugar en 1917: desde la dictadura del absolutismo se pasó a la dictadura del proletariado. El «salto» observó las clásicas fases: dictadura de la burguesía revolucionaria-liberalismo y sufragio electoral para todos los ciudadanos y todos los partidos.

Una eventualidad similar no estaba claramente condicionada por la concomitancia de la revolución en Europa, planteada por el marxismo como condición del traspaso al socialismo en Rusia. Pero la coexistencia de estas condiciones no podía ser más que precaria: poder capitalista en Europa occidental —dictadura política proletaria en Rusia—, economía capitalista avanzando en Rusia. En efecto, Marx había ligado la superación social del capitalismo en Rusia a la revolución occidental. Al faltar ésta, falta aquella superación. La dictadura proletaria puede vencer la lucha armada, pero no puede vivir largo tiempo, si el salto del estadio económico capitalista resulta imposible de descoyuntar.

Según Wolfe y muchos otros, Lenin, hasta 1917 o al menos 1914, ha considerado siempre que debiera desarrollarse una revolución democrática, y que no se tiene socialismo sin pasar por la democracia. Lenin no ha soñado nunca con decir esto. Ha dicho siempre: SI para marchar hacia el socialismo y hacia la revolución es necesario pasar por

la democracia, y si la burguesía no nos la proporciona, pues bien, haremos nosotros la democracia, para después arrojarla fuera. Por lo demás, también la dictadura, la haremos para arrojarla fuera en su momento, con el capitalismo económico superado. Pero si se puede prescindir de pasar por la democracia, no hay nada de malo; ésta *caracteriza* el nacimiento del capitalismo, no el del socialismo. Como también ha dicho y decía Lenin: Si para marchar hacia la revolución socialista hace falta pasar no sólo por la revolución democrática sino también por el período de capitalismo, pues bien, pasemos también por aquella vía.

¿Qué es lo que podía conducir por el atajo, por Lenin siempre invocado? Una sola cosa: la bandera roja en Berlín, Londres y París.

El Congreso de los socialdemócratas rusos de Bruselas se abrió el 30 de julio de 1903. Plejánov defendió el programa, que siguió siendo luego el del partido bolchevique tras la escisión y hasta 1917. Lenin casi no intervino en la discusión: dejó que Plejánov se batiese con la débil minoría de derechas, representada por el futuro renegado Akimov. Este se revela contra la tesis: «la condición central para la revolución social es la dictadura del proletariado, o sea, la conquista por parte de los trabajadores de un tal poder para hacer posible el aplastar toda tentativa de resistencia de los explotadores».

¿Cómo concilia, dice Akimov, esta tesis con la reivindicación de una república democrática, de la asamblea constituyente y del sufragio universal? Akimov explota el refrán de todos los imbéciles: vosotros colocáis los conceptos de partido y proletariado en oposición, consideráis al primero una entidad activa, al segundo un medio pasivo... Plejánov responde magníficamente. El sufragio universal no es ciertamente un fetiche. No es difícil imaginar una situación en la que la clase trabajadora victoriosa suprime el derecho de sufragio a sus opositores burgueses... El principio fundamental de la democracia es: *salus populi suprema lex* (la salvación del pueblo es ley suprema). Pero, en el lenguaje de los revolucionarios, *la salvación de la revolución es ley suprema*. Si ésta requiere la limitación de éste o aquél canon democrático, será delito dudar... ¿Abolición de la pena de muerte? ¿Ninguna excepción? ¿Se permitirá vivir a Nicolás II? Se aplaude, algunos silban. Lenin como presidente se arroja contra quienes silban. Martov insinúa que el orador habría estado menos duro si hubiese dicho que es poco probable una situación en la que el proletariado deba mantener derechos tan *fundamentales* como la libertad de prensa... Como única respuesta Plejánov se limita a sonreír sarcásticamente: ¡*Merçi!*

Lenin se alza por una sola enmienda. Una frase decía: «con las contradicciones inherentes al capitalismo crece el número, el descontento y la solidaridad de los proletarios». Habían propuesto: y la conciencia. Lenin declara: «esta enmienda sería un empeoramiento. Daría la idea de que el desarrollo de la conciencia sea una cosa espontánea. Fuera de la influencia del partido de clase (permitásenos traducir así, de la lengua de medio siglo atrás, el término: socialdemocracia) no hay actividad consciente de los trabajadores». El comentarista extrae de estas expresiones la prueba de una tendencia especial de Lenin a los movimientos desde arriba... No se trata más que de la formulación rigurosa de la praxis según el marxismo (de la que es una relación sucinta en un esquema del citado «Boletín»).

Después de 1905 será cuando la discusión llegará a ser más enconada: ¿Primero una revolución burguesa y después una proletaria contra la burguesía? ¿O el proletariado hará la de la burguesía y mantendrá el poder dejando el capitalismo en pie? ¿Y es ésta una situación posible, o su realidad sellaría la derrota del marxismo?

Hoy

En presencia de la situación actual todos reconocen que el poder capitalista está en pie en todo el mundo occidental. ¿Pero, qué sucede en Rusia? Los estalinistas declaran: el abatimiento del zarismo es un hecho conseguido, y con él el abatimiento de la burguesía. La dictadura proletaria está en pie. La economía social ya no es capitalista, sino cada día más socialista.

Los que desconfían de esta respuesta simplista, volviendo al recuerdo de la larga lucha y de la perspectiva de Lenin, frecuentemente caen en el error de no saber comprender su línea.

Existen toda una serie de citas de artículos y cartas, de las que parecería que Lenin estuviese contra la fórmula cruda de la dictadura proletaria y avanzase una serie de fórmulas mediatas. Tras la

participación activa en la insurrección, sobre lo que no había dudas, los comunistas habrían tratado de ir más allá de la simple república parlamentaria, poniendo en práctica una dictadura democrática de las clases pobres, e incluso contentándose con hacer de partido de oposición hacia gobiernos provisionales, hacia gobiernos obreros, o similares.

¿Cómo se explica todo esto? ¿Habría llegado Lenin lentamente a la fórmula de la plena dictadura del proletariado ejercida por el partido comunista? No hay mayor absurdo, cuando se piensa que Lenin demuestra a Kautsky y a los otros renegados que tal fórmula está en vigor para Marx y Engels desde 1852 (y antes). La explicación es obvia, y es muy otra: no corresponde a ningún *ajuste del tiro*.

En los años que precedieron a la guerra de 1905 entre Rusia y Japón estamos en pleno período pacifista y reformista en occidente, y no se pueden hacer cálculos sobre la revolución armada en Europa, a pesar de la fuerza numérica de los partidos socialistas. Aún debe preverse que las dos revoluciones rusas podrán estar separadas por decenios, durante los cuales la industrialización dará pasos gigantescos. En este período no se podrá hablar de dictadura del proletariado y de gobierno del partido comunista. Pero por sus especiales condiciones de retraso, la burguesía rusa no aguantaría el peso de una revolución: es necesario sustituirla en la lucha insurreccional. Después no se tendrá ni su poder ni el del proletariado, y no es posible teorizar una colaboración permanente de clase sin matar las posibilidades de la «segunda revolución» en su momento. El partido comunista, ala radical de la Internacional socialista, no puede gobernar ni colaborar con la burguesía sobre un tejido económico capitalista. Y tampoco puede dejar en pie la autocracia por tales consideraciones. He aquí el tremendo problema.

Este se comienza a resolver con la revolución de 1905. Tampoco ésta da las bases para poder saltar la fase capitalista, pero permite esperar que todo el mundo entre en el período revolucionario decisivo. En este período la fórmula de Lenin deviene «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos». ¿Por qué democrática? Porque una revolución de los campesinos y no todavía de los asalariados, tiene lugar con formas o democráticas o de dictaduras burguesas, como en Francia en 1789. Si una revolución no afronta el problema social de la abolición del asalariado, la fórmula de la dictadura del proletariado, y del gobierno del sólo partido comunista, *no puede y no debe ser empleada*, quemada y deshonrada.

Pero llega la gran guerra y Lenin ve posible la revolución en todos los países, a pesar y contra la traición socialpatriota. Entonces la fórmula de la dictadura del proletariado sin añadidos se adapta plenamente. No porque sea *nueva*, o *descubierta* entonces. Porque, como se sabía y se esperaba desde hacia decenios y decenios, no se emplea como fórmula *nacional* o *rusa*; pero la Rusia revolucionaria y la Internacional Comunista luchan concretamente por la *dictadura internacional del proletariado*.

Fracasada la revolución internacional, ninguna dictadura proletaria podría sobrevivir en Rusia. Ha podido resistir mientras que los partidos comunistas en Europa luchaban *solos*, para tomar el poder *solos*. Ya en 1924 se comienza a ladrar de tomarlo con los socialdemócratas, en bloque...

Desde entonces, en el nido de la clueca roja revolucionaria, formado arrancándole las plumas maestras a la dinastía absolutista y a la democracia burguesoide, no se pudieron ya incubar los huevos para los polluelos socialistas.

El cuco capitalista ha puesto enseguida los suyos, y ha explicado las ventajas de la incubadora mecánica. Bigotazos (Stalin) vigila la lámpara y mira los huevos al trasluz: millares, millones y miles de millones en los quinientos planificados, pero no de los jóvenes gallos que cantarán la aurora roja.

Salen cucos, sólo cucos, miles de millones de cucos; invaden las estadísticas, acumulan rublos y títulos de banca, igual que en cualquier otro país del mundo.

Acumulad, y reducid los tiempos. También los cúmulos de cucos hacen de superestructura a la verdadera Revolución. Os acreditaremos el haber desgarrado las ropas a Mis Democracia; mejor si la reducís sin el dos-piezas, del que expresa una horrible y nauseabunda muestra para todo el «mundo libre».

No habéis saltado el capitalismo porque no era posible. Habéis saltado para siempre la libertad burguesa: único resultado bueno.

Única es la tumba que el uno y la otra espera.